
		Tirada: <b>391.202</b>	Sección: <b>Cultura</b>	
		Difusión: <b>299.570</b> (O.J.D)	Espacio (Cm_2): <b>875</b>	
Nacional	General	Audiencia: <b>1.048.495</b> (E.G.M)	Ocupación (%): <b>100%</b>	
Diaria		<b>18/05/2006</b>	Valor (€): <b>22.300,00</b>	
			Valor Pág. (€): <b>22.300,00</b>	
			Página: <b>54</b>	Imagen: <b>Si</b>

59º FESTIVAL DE CANNES

CARLOS BOYERO  
Enviado especial

CANNES.- En los dos pases para la prensa en los que el Festival de Cannes ha exhibido hasta ahora el muy promocionado estreno mundial de la anhelada *El código Da Vinci* no ha habido desmayos, ni monjas con cilicio y actitud de dóberman rabioso, ni amenazas verbales o físicas hacia los impíos espectadores por parte de la irritada Iglesia católica y del agraviado Opus Dei, ni feligreses numerosos o no numerosos montando bronca a la puerta del cine con vocación de cruzados, ni saboteadores dentro de la sala arrojando tomates hacia esa pantalla que intenta profanarlos, agredirlos y calumniarlos, ni procesiones redentoras. Tanto morbo y expectación para nada.

Imagino que, en la estrategia de los responsables del marketing en producción tan lujosa y que espera multiplicar en las taquillas su inversión, figuraba el previsible y grandioso numerito de los ofendidos, pero hasta el momento no ha ocurrido nada en el bautizo de su mediocre y olvidable criatura.

En mi caso, no existe desencanto ante la adaptación al cine de una novela que constituye droga dura para sus infinitos lectores, ya que nunca estuve encantado con la habilidosa trama y la lamentable escritura de Dan Brown. Tanto es así que la abandoné con notable pereza hacia la mitad, por lo que ignoraba el trascendente desenlace de esos enigmas que han enganchado a medio universo. Por otra parte, tampoco esperaba milagros del arte para narrar ficciones del director Ron

*Howard se limita a ilustrar, sin magnetismo, poderío, ni convicción, el 'best-seller' de Dan Brown*

Howard, señor que me ha acostumbreado desde siempre a su tibieza, a no otorgarme ni frío ni calor, al desperdicio academista de temas que ofrecían inicialmente bastante interés.

Y con *El código Da Vinci* tampoco ha aparecido la catarsis, la plasmación de una película magistral partiendo de una literatura abominable al servicio de una intriga con pretensiones.

Howard es perrunamente fiel al material original, pero eso tampoco sirve para que la trama, las situaciones y los personajes respiren, sean creíbles, hipnoticen, aterren y emocionen al espectador. Salés de ella como entraste, se habla mogollón de lo divino y de lo humano y se supone que ocurren muchas cosas en escenarios muy solemnes, pero que no consiguen enamorar ni a los oídos ni a los ojos. Y, por supuesto, te has olvidado de ella al cuarto de hora.

Resulta transparente que Hollywood se ha gastado un pastón al rodar en lugares tan intocables como el Museo del Louvre, arrojando a Tom Hanks con secundarios de lujo, intentando combinar el enrevesado discurso con acción a gusto de todos, buscando la perfección al reconstruir en imágenes y sonidos una trama

## Ni sombra de escándalo en el bautizo de 'El código Da Vinci'

La aséptica cinta, dirigida por Ron Howard y con un Tom Hanks despistado, es un ejercicio de cine vacío, académico y sin emoción

con la que está familiarizado todo cristó. Pero en vano. El terror que debería instigar el monje asesino, fanatizado y sadomaso no existe; el maquiavelismo conspiratorio del tenebroso Opus Dei y su abyecta metodología para evitar que se descubran enigmas peligrosos protagonizados por Jesucristo y María Magdalena que harían tambalear las verdades oficiales es más caricaturesco que efecti-

vo, la reconstrucción en flash-backs de los rituales de los templarios y de las atrocidades que ha cometido la Iglesia ante cualquier tipo de disidencia no tiene fuerza dramática.

Pero existe algo aún más grave, y es que un actor tan bueno y laborioso como Tom Hanks ofrezca una permanente sensación de despitado o de desgana, de que pasaba por allí, de que la movida no va

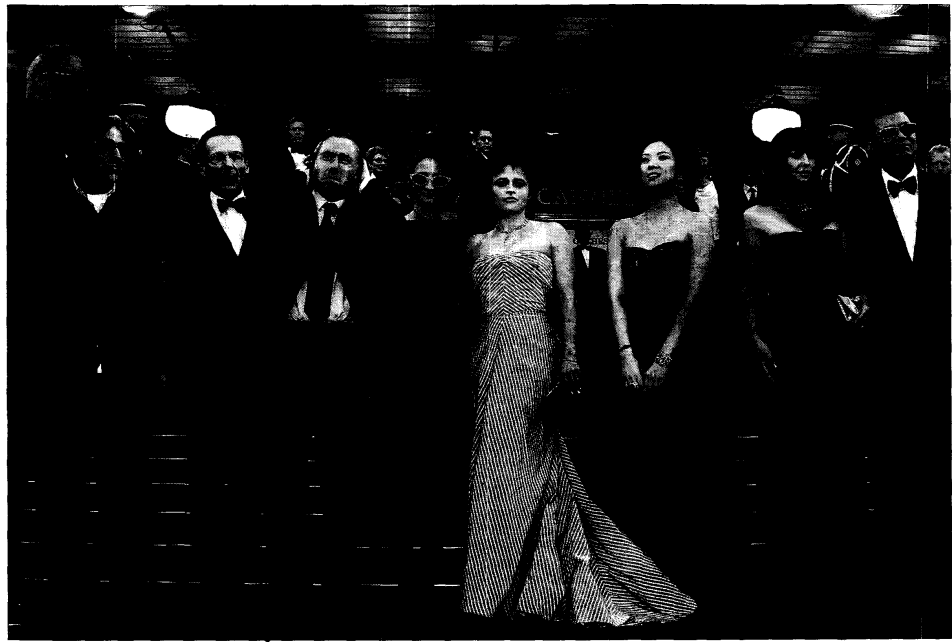
con él, que parezca siempre ausente, que ponga todo el rato cara de palo, que no tenga nada atractivo que hacer ni que decir.

Tampoco anda sobrada de fascinación la actriz francesa Audrey Tautou, una mujercita frágil que, incomprensiblemente para mí, ha logrado el amor y la admiración permanentes de sus compatriotas desde que protagonizara la sofisticada, celeberrima y

sobrevalorada *Amélie*. Y entendámonos: *El código Da Vinci* no invita a que salgas forzosamente de estampada a la media hora en su excesivo metraje, ni es un producto ridículo o infame, pero todo a un poco igual.

Se limita a ilustrar sin magnetismo, poderío ni convicción, con un tono grandilocuente y que acaba pareciéndote rutinario, con escaso sentido de la atmósfera, un *best-seller* literario que se supone va a mantener su inagotable filón de oro al traspasarlo al cine.

Tal vez lo consiga, pero, al igual que en el caso del éxito multitudinario de Dan Brown, la verdad es que yo seguiría sin encontrarle la coherencia. En cualquier caso, es imposible que la historia del mejor cine y de la gran literatura le haga un compasivo hueco entre ellos a *El código Da Vinci*.



El jurado de la 59ª edición del Festival de Cine de Cannes, dirigido por Wong Kar-Wai (primero por la derecha), ayer. / PASCAL POYOU / AFP

Wong Kar-Wai, presidente del jurado oficial de este año, dio ayer el tono con el que él y -en teoría- sus súbditos, piensan juzgar las películas: «Se trata de abrir las ventanas lo más posible, estamos buscando aire fresco para el cine contemporáneo», dijo ayer en su comparecencia con la prensa internacional. Con lo de *aire fresco*, Wong Kar-Wai sabe de lo que habla: sus películas, y muy especialmente *In the Mood for Love* y *2046* tienen legiones de admiradores y son consideradas por muchos como el máximo exponente del nuevo cine asiático.

A sus órdenes, y precisamente bajo un enorme fotograma de *In the Mood for Love* (la imagen del Festival de este año), las actrices Monica Bellucci, Zhang Ziyi y Helena Bonham-Carter, los actores Samuel L. Jackson y Tim Roth, los directores Patrice Leconte y Elia Suleiman y la direc-

## Un jurado contra el color 'beige'

Wong Kar-Wai promete que el jurado que preside no premiará una película «neutra», y augura grandes discusiones entre los ocho miembros

tora Lucrecia Martel fueron designando algunas de sus sensaciones como jurados.

El más certero fue, sin lugar a dudas, el realizador francés Patrice Leconte. El director de *El marido de la peluquera* y *El hombre del tren* tocó uno de los temas más delicados e incómodos que suelen habitar el mundillo de los grandes festivales de cine, al evocar una de las prácticas más

habituales y menos respetables en que suelen incurrir los jurados: lo que él llamó algo así como *el síndrome del hueco de la escalera*, o de *pintura de la escalera*. «Ocurre que, a menudo, los vecinos no se ponen de acuerdo en si pintar la escalera de rojo o de azul... y como no llegan a un acuerdo, al final deciden pintarla de beige. Bueno, pues yo espero que este jurado no emita al fi-

nal un veredicto beige. Yo prefiero los colores chillones y discutibles, que el beige».

Algunos, como el actor Tim Roth, dijeron sentirse «mucho más a gusto» cuando son juzgados que cuando han de juzgar, «porque tener entre tus manos en cierto sentido el destino de la gente es terrible, es algo muy serio».

Kar-Wai dijo que no premiarán una película «neutra», que contente a todos y a ninguno: «El motivo por el que estamos aquí es para apoyar las películas que nos conmueven, que nos permitan una mayor apertura de espíritu y que queremos defender», explicó el primer director chino que encabeza este jurado en la historia del certamen.

«Imagino, por supuesto, que va a haber debates, discusiones y vamos a hacer todo lo posible para defender las películas que nos gustan», prometió el director de películas como *2046*.